

*Sicut locutus est per os Sanctorum...*

Y en tanto, los pájaros en los setos de la calleja y en los árboles de la huerta, trinan, gorjean, silban y pían; las nubes corren silenciosas, solemnes, por el azul del cielo; la brisa cuchichea y retoza con las mismísimas ropas talares del acompañamiento de la muerte; y Antón y Cuervo, en el colmo de un delirio, oyen como extáticos, como en ensueños, el *run run* del *Benedictus*, los sonidos dulces y misteriosos de la naturaleza, que, como ellos, ve pasar la muerte, sin comprenderla, sin profanarla, sin insultarla, sin temerla, como albergándola en su seno, y haciéndola desaparecer cual una hoja seca en un torrente, entre las olas de vida que derrama el sol, que esparce el viento y de que se empapa la tierra.....

.....

## SUPERCHERIA



## SUPERCHERÍA

### I

Nicolás Serrano, un filósofo de treinta inviernos, víctima de la bilis y de los nervios, viajaba por consejo de la medicina, representada en un doctor, cansado de discutir con su enfermo. No estaba el médico seguro de que sanara Nicolás viajando; pero sí de verse libre, con tal receta, de un cliente que todo lo ponía en tela de juicio, y no quería reconocer otros males y peligros propios que aquellos de que tenía él clara conciencia. En fin, viajó Serrano, lo vió todo sin verlo, y regresaba á España, después de tres años de correr mundo, preocupado con los mismos problemas metafísicos y psicológicos, y con idénticas aprensiones nerviosas.

Era rico; no necesitaba trabajar para comer, y, aunque tenía el proyecto, ya muy antiguo en él, de dejarlo todo para los pobres y coger su cruz, esperaba, para poner en planta su propósito, á tener la convicción absoluta, científica, es decir, una, universal, verdadera y evidente de que semejante rasgo de abnegación estaba conforme con la justicia, y era lo que le tocaba hacer. Pero esta convicción no acababa de llegar: dependía de todo un sistema; suponía multitud de verdades evidentes, metafísicas, físicas, antropológicas, sociológicas, religiosas y morales, averiguadas previamente; de modo que mientras no resolviera tantas dudas y dificultades, continuaba siendo rico, desocupado, pero con poca resignación. Para él, las dudas y los dolores de cabeza y estómago, y aun de vientre, ya venían á ser una misma cosa; y veces había, sobre todo á la hora de dormirse, en que no sabía si su dolor era jaqueca ó una cuestión *psico-física* atravesada en el cerebro. No era pedante ni miraba la filosofía desde el punto de vista de la cátedra ó de las letras de molde, sino con el interés con que un buen creyente atiende á su salvación ó un comer-

ciante á sus negocios. Así que, á pesar de ser tan filósofo, casi nadie lo sabía en el mundo, fuera de él y su médico, á quien había tenido que confesar aquella preocupación dominante, para poder entenderse ambos.

Volvió á España en el expreso de París. Era media noche. Venía solo en un coche de primera, donde no se fumaba. Acurrucado en su gabán de pieles, casi embutido en un rincón; los pies envueltos en una manta de Teruel, negra y roja; calado hasta las cejas un gorro moscovita, meditaba; y de tarde en tarde, en un libro de Memorias de piel negra, apuntaba con lápiz automático unos pocos renglones de letra enrevesada, con caracteres alemanes, según se emplean en los manuscritos, mezclados con otros del alfabeto griego. Lo muy incorrecto de la letra, amén de las abreviaturas de esta mezcolanza de caracteres exóticos aplicados al castellano, daban al conjunto un aspecto de extraña taquigrafía, muy difícil de descifrar. Así escribía sus *Memorias* íntimas Serrano. Era lo único que pensaba escribir en este mundo, y no quería que se publicase hasta después de su muerte. En

tales *Memorias* no había recuerdos de la infancia, ni aventuras amorosas, y apenas nada de la historia del corazón: todo se refería á la vida del pensamiento y á los efectos anímicos, así estéticos como de la voluntad y de la inteligencia, que las ideas propias y ajenas producían en el que escribía. Abundaban las máximas sueltas, las fórmulas sugeridas por repentinas inspiraciones; aquí un rasgo de mal humor filosófico; luego la expresión lacónica de una antipatía filosófica también; más adelante la fecha de un desengaño intelectual, ó la de una duda que le había dado una mala noche. Así, se leía hacia mitad del volumen: «13 de Junio (caracteres griegos y de alemán manuscrito, mezclados, por supuesto). He oído esta noche á don Torcuato, autor de *El Sentido Común*. Es una acémila. ¡Y yo que le había admirado y leído con atención pitagórica! ¡Avestruz! Ahora resulta darwinista porque ha viajado, porque ha vivido tres meses en Oxford y tiene acciones en una sociedad minera de Cornuailles. ¡Siempre igual! Hoy don Torcuato; ayer Martínez, que resulta un boticario vulgar. ¡Qué vida!—15 de Mayo. El cura Murder es

un pastor protestante, digno de ser cabrero. Le hablo del Evangelio, y me contesta diciendo pestes del padre Sánchez y de la Inquisición...—16 de Septiembre. Creo que he estado tocando el violón: mi sistema de composición armónica entre la inmortalidad y la muerte del espíritu es una necedad, según voy sospechando.—20 de Octubre. ¡Dios mío! ¡Si seré yo el Estrada de la filosofía! ¡Ahora miro mi sistema de la muerte inmortal, y me pongo rojo de vergüenza! Por un lado, plagio de Schopenhauer y de Guyau; y por otro, sueños de enfermo. ¡Oh! Todos somos despreciables: yo el primero. No hay modo de *componer* nada.—21 de Noviembre. No hay más filósofos, admirados de veras, que los temidos. Todos los que no han servido para destruir, me parecen algo tontos en el fondo.—30 de Noviembre. Hay momentos en que Platón me parece un prestidigitador.—4 de Enero. Hoy he sentido en el alma que Aristóteles no viviera... para poder ir á desafiarse. ¡Qué antipático!...

Todos estos apuntes eran antiguos. Después había otros muchos en el mismo libro de memorias, cuya última página era la que tenía abierta ante los ojos Serrano

aquella noche. Nunca leía aquellos renglones de fecha remota (cinco meses). ¿Qué tenía él que ver con el que había escrito todo aquello? Ya era otro. El pensamiento había cambiado, y él era su pensamiento. No se avergonzaba de lo escrito en otro tiempo: no hacía más que despreciarlo. No pensaba, sin embargo, borrar una sola letra, porque justamente la mejor utilidad que aquellas Memorias podían tener algún día, consistiría en ser la historia sincera de una conciencia dedicada á la meditación.

Dejó un momento el cuaderno sobre el asiento, y acercándose á la ventanilla, apoyó la frente sobre el cristal. La noche estaba serena; el cielo estrellado. Corría el tren por tierra de Avila, sobre una meseta ancha y desierta. La tierra, representada por la región de sombra compacta, parecía desvanecerse allá á lo lejos, cuesta abajo. Las estrellas caían como una cascada sobre el horizonte, que parecía haberse hundido. Siempre que pasaba por allí Nicolás, se complacía en figurarse que volaba por el espacio, lejos de la tierra, y que veía estrellas del hemisferio austral á sus pies, allá abajo, allá abajo.—Esta es la tierra de Santa Te-

resa—pensó. Y sintió el escalofrío que sentía siempre al pensar en algún santo místico. Millares de estrellas titilaban.

Un gran astro cuya luz palpitaba, se le antojaba paloma de fuego que batía muy lejos las luminosas alas, y del infinito venía hacia él, navegando por el negro espacio entre tantas islas brillantes. Miraba á veces hacia el suelo y veía á la llama de los carbones encendidos que iba vomitando la locomotora, como huellas del diablo; veía una mancha brusca de una peña pelada y parda que pasaba rápida, cual arrojada al aire por la honda de algún gigante.

La emoción extraña que sentía ante aquel espectáculo de tinieblas bordadas de puntos luminosos de estrellas y brasas, tenía más melancólico encanto porque se juntaba al recuerdo de muchas emociones semejantes, que sin falta despertaban, siempre iguales, al pasar por aquellos campos desiertos, á tales horas y en noches como aquella. Nunca había visto de día aquellos lugares ni quería tener idea de cómo podían ser: bastábale ver el cielo tan grande, tan puro, tan lleno de mundos lejanos y luminosos; la tierra tan humillada, desvane-

ciéndose en su sombra y sin más adorno que bruscas apariciones de tristes rocas esparcidas por el polvo acá y allá, como restos de una batalla de dioses; monumentos taciturnos de la melancólica misteriosa antigüedad del planeta. En la emoción que sentía, había la dulzura del dolor mitigado y espiritual, la impresión del destierro, el dejo picante de la austeridad del sentimiento religioso indeciso, pero profundo.

—¡Tierra de Avila, tierra para santos!— dijo en voz alta, estirando los brazos y bostezando con el tono más prosaico que pudo. Quería «llamarse al orden», volver á la realidad, espantar las aprensiones místicas, como él se decía, que en otro tiempo le habían hecho gozar tanto y le habían tenido tan orgulloso.—Y abrió la boca dos ó tres veces, provocando nuevos bostezos para despreciar ostensiblemente aquella invasión de ideas religiosas, que en otra época habría acogido con entusiasmo, y que ahora rechazaba por mil argumentos que á él le parecían razones y que constaban en sus libros de memorias, en aquellos apuntes, historia de su conciencia.

—¡Pura voluptuosidad imaginativa!—dijo

también en alta voz, para oírse él mismo, poniéndose por testigo de que no sucumbía á la tentación de aquel *cielo de Avila*, que había recogido las miradas y las meditaciones de Santa Teresa, y que ahora era pabellón tendido sobre su humilde sepultura.

Volvió á estirar los brazos, con las manos muy abiertas, y abrió la boca de nuevo, y en vez de suspirar, como le pedía el cuerpo, hizo con los labios un ruido mate, afectando prosaica resignación vulgar; y como si esto fuera poco, concluyó con dos resoplidos y subiéndose un poco los pantalones y apretándose la fajacinto que usaba siempre, después de ciertas insurrecciones del hígado.

## II

En esto estaba cuando el tren se detuvo porque había llegado á una estación, y á pocos segundos se abrió la portezuela del lado opuesto al que ocupaba Nicolás, dejando paso á un bulto negro.

Era una monja. Nicolás, al ver que alguien subía, se había sentado en su rincón,

sumido en la sombra, porque la oscura luz del techo agonizaba y no tenía fuerza para alumbrar los extremos del coche.

—Aquí, que no hay nadie, en este reservado—le habían dicho á la monja; y allí había entrado. Ya había emprendido la marcha el tren, cuando ella notó, acostumbrada á aquella media oscuridad, que en el rincón opuesto había un bulto humano.—«Será una mujer—pensó, porque creía ir en un reservado de señoras. Llevaba la cara descubierta; era joven, blanca, con grandes rosas en las mejillas, los ojos pardos, rasgados, de pestañas largas en onda, de mirada quieta y sincera. Miraba con fijeza á la oscuridad para descubrir las facciones de la que suponía mujer. Sin saberlo ella, sus ojos se clavaban en los de Serrano, otra vez acurrucado, encogido. Comprendía él que aquella religiosa, no sabía de qué profesión, se creía ó sola ó en compañía de otra hembra. Le pareció lo más adecuado, al filósofo, hacerse invisible hasta cuando pudiera, y además fingirse dormido. Cerró los ojos, pero no tanto que no siguiera viendo entre pestañas á la monja. Esta, á cada momento más preocupada, tenía constante-

mente la cabeza vuelta hacia el rincón oscuro de Serrano, y fijos en él los ojos muy abiertos.—Si—iba pensando;—de seguro es una señora. Pero, no importa: no debí, de todas maneras, consentir en venir sola, aunque sea por tan pocos minutos y en un reservado. Por algo no nos dejan viajar solas. El lance, sin embargo, es apurado. En fin, no será un ladrón ni un libertino disfrazado de señora. Si la hubiera visto al entrar, la hubiera dado las buenas noches, y por su voz, al contestarme, hubiese conocido lo que era. Ahora ya no es tiempo.»

Serrano permanecía inmóvil. La delicadeza consistía, en aquella ocasión, en imitar lo mejor posible la ausencia. «Si me ve, esa buena mujer se va á asustar, debe de creerse en un reservado; la han metido aquí por equivocación.» El caso era que en aquella inmovilidad del cuerpo había una especie de influjo magnético que le paraba el pensamiento en una idea fija é insignificante: la presencia de aquella mujer. También la mirada se le paró, clavándose en la estrella, que parecía volar; y, como ya le había pasado muchas veces, aquella fijeza de

la vista en un solo astro le produjo un efecto que sólo le había asustado la primera vez que lo experimentara; las demás estrellas se fueron borrando, todo se convirtió, cielo, tierra, y hasta el coche de primera en que iba, en un círculo de negras tinieblas alrededor del astro luminoso; la estrella volandera, ahora quieta, fué enrojeciendo; después se turbó su luz, palideció y desapareció también. Al llegar á este punto otras veces, Nicolás solía sacudir la cabeza, un poco temeroso de accidentes nerviosos desconocidos; pero ahora, en vez de moverse por volver á la visión plena, se dejó abismar en aquella especie de hipnotismo visual provocado por él mismo: se dejó alucinar, y se quedó dormido.

Al despertar, el sueño le pareció breve, pero muy profundo. De repente se acordó de la monja, y como si mientras dormía hubiera trabajado su cerebro sobre un pensamiento que le llevara á una terminante conclusión, esta idea estalló en su cabeza: —Esa monja no era real: era una visión, era Santa Teresa... y no está ahí.— Poco dueño de su valor todavía, con la voluntad medio dormida, Serrano volvió los ojos con

terror al rincón de la monja... *En efecto*, había desaparecido.

Sintió debajo de la piel el latigazo de un escalofrío de que le dió vergüenza. Se frotó los ojos, se puso en pie apoyándose en la vara de hierro de la red, y pensó un momento en pedir socorro, no sabía cómo. No tenía miedo á lo sobrenatural, sino á su cerebro. —¿Estaré malo? ¿Habría sido una alucinación? Pero eso sería... terrible, porque la fuerza de la realidad con que vi á esa monja... ¡Será así la alucinación; tan viva, tan fuerte, tan engañadora! De lo que estoy seguro es de que no hemos parado en ninguna estación. Ni ha habido tiempo, ni yo habría dejado de sentir, como siempre siento, que el tren se detenía.» Rara vez, por muy dormido que estuviera, dejaba de notar, entre sueños, que el movimiento del tren había cesado: sobre todo, ahora tenía la conciencia clara, evidente, no sabía por qué, de que no había parado el tren en estación alguna mientras él dormía. Consultó el reloj, y, en efecto, eran muy pocos minutos los transcurridos desde la última vez que le había mirado, poco antes, al entrar la monja.



En aquel instante cesó la marcha. La estación era aquélla. ¡Absurdo parece que en tan poco tiempo hubieran pasado dos estaciones!

El demonio del miedo le sugirió otra idea, Acordóse del nombre de la última estación que él había oído anunciar. Lo recordó, consultó la *Guía...* y aquélla á que ahora llegaba era la siguiente.

Como en lo sobrenatural no había que creer, era preciso admitir que había tenido una visión, es decir, que él, que creía los nervios tan calmados con la vida medio animal que había hecho durante gran parte de sus viajes, se encontraba peor que nunca, con la revelación instantánea de un síntoma de muy mal género.

Pero... también le avergonzaba el miedo á la enfermedad. Además, ¿no podía haber estado allí, en efecto, aquella monja y haberse marchado? ¿Cómo? ¿Cuándo? Cuando yo dormía. Pero ¿cómo? El tren volaba. Fué una alucinación... no cabe duda.

Como en los tiempos, de triste recordación, de sus aprensiones de locura, clase de manía tan dolorosa como cualquiera, sintió con espanto, dentro de la cabeza, una cas-

cada de ideas extrañas, como engendradas por el pánico; y recurrió, para librarse del tormento, á lo que él llamaba la fuga de la razón y el sálvese quien pueda de las ideas. Abrió una ventanilla, miró á la oscuridad y al cielo estrellado, pero tembló de frío y de miedo mezclados: temió ver vagar en el aire la imagen que antes se había sentado en aqu el rincón del coche. Volvió á cerrar, y como viese su libro de apuntes abierto á su lado, á él recurrió, y se puso á escribir con ansia febril, huyendo, huyendo de las aprensiones. Y resultó lo apuntado una serie de diatribas en estilo conciso, nervioso, contra el milagro, la superstición, las ciencias ocultas, el misterio y las pretensiones científicas del hipnotismo moderno. «Tal vez—decía uno de los últimos párrafos— las conquistas de la moderna fisiología y de las ciencias afines son una superstición más.» «Comte—decía más adelante—habló de la edad teológica, de la edad metafísica y de la edad positiva. Lo que debió decir fué: primero hubo la superchería teológica, después la superchería metafísica y después la superchería científica. Todo lo maravilloso es obra de un Simón Mago. En

tiempo de Cristo, el milagro era la patente del profeta: hoy, en vez de resucitar á Lázaro, le revolvemos las entrañas para asegurar nuevas supercherías.» Nicolás Serrano se enfrascó en sus desahogos de lápiz sin creer él mismo en lo que escribía, como con entusiasmo de enfermo que toma una ducha. Un cuarto de hora después estaba algo más tranquilo. El sueño volvió á invadirle como las sombras la noche, y la última sensación de que se dió cuenta fué que el libro de memorias se le caía de las manos sobre el calorífero. Pero no: también sintió, al dormirse, que volvía á pararse el tren.

Lo que ya no pudo notar fué que la portezuela por donde había entrado poco antes una monja, se abrió para dar paso á una dama vestida de negro y cubierta con manto largo.

### III

Nicolás el filósofo pasó el verano de aquel año sin moverse de Madrid. El calor le mataba; el mal humor, complicado en él con

tantos pensamientos de hastío y desconsuelo, aumentaba con aquella temperatura bochornosa. Podía irse adonde quisiera; tenía libertad y dinero... y no se movía. Los viajes no le habían curado, y había tomado horror á los ferrocarriles, á las estaciones, á los baules, á todo lo que le recordaba su infructuosa Odisea por el mundo civilizado. Padeecía quedándose en Madrid... y se quedaba. Vivía como en un desierto en medio de todo el mundo. De las pocas relaciones, ninguna íntima, que había conservado, no quería acordarse. Los más de sus amigos estaban veraneando; pero, de los contados que quedaban achicharrándose con él, no quería ver ni la sombra.

No se levantaba hasta el medio día; no salía de casa hasta caer el sol; se iba al Prado, se sentaba en una silla, se quedaba medio dormido, como borracho de calor; sudaba, y respiraba fuego, y no gozaba más placer que el de conseguir no pensar en nada más que en lo que tenía delante: un barquillero, un farol, un polizonte, una niña con un chiquillo arrastrado por la arena, una manga de riego, sarcasmo de frescura, y el aire vestido de polvo... De noche

al Retiro á dar una vuelta, una sola; porque el aburrimiento era tan fuerte y tan inmediato, que no podía pasar allí más tiempo del necesario para volver á encontrar la salida.

Se le había puesto en la cabeza que él era un hombre sedentario que había hecho una serie de tonterías metiéndose en tantos coches de tantos trenes. «Querer ver mundo, tal como el mundo está ahora, el que se puede visitar sin grandes molestias, no era más que una ridícula manía de *burgués*, de *snob*, etc., etc.»

Hasta fines de Octubre no salió del casco de Madrid ni un solo día. Y su viaje de Octubre duró poco más de una hora. Fué á Guadalajara. Tenía un sobrino en la Academia de ingenieros; una hermana de la madre de Serrano suplicaba á éste, en una carta llena de cariño, que por Dios fuera á visitar á su Antoñito, que estaba arrestado por meses, y escribía hablando de suicidio y de emigración, de las Peñas de San Pedro, de la tremenda disciplina y otros tópicos trágicos. «Ve á consolarle, á consultar con los profesores, á reducir hasta donde se pueda el horrible castigo...; y, si no se ablan-

dan aquellos Nerones, sácamelo de allí: que pida la absoluta. En ti confío: tú me dirás si es tan insóportable como él jura su vida en aquellos calabozos...»

Serrano tal vez no hubiera accedido á los ruegos de su tía si le hubiera propuesto un viaje más divertido; pero aquello de volver á Guadalajara, donde él había vivido seis meses á la edad de doce á trece años, le seducía, porque estaba seguro de encontrar motivos de tristeza, de meditaciones negras, ó, mejor, grises; de las que le ocupaban ya casi siempre después de haber dado tantas vueltas en su cabeza á toda clase de *soluciones* optimistas y pesimistas.

Llegó á la triste ciudad del Henares al empezar la noche, entre los pliegues de una nube que descargaba en hilos muy delgados y fríos el agua que parecía caer ya sucia, que sucia corría sobre la tierra pegajosa. Un ómnibus con los cristales de las ventanillas rotos le llevó á trompicones, por una cuesta arriba, á la puerta de un mesón que había que tomar por fonda. Estaba frente al edificio de la Academia vieja, á la entrada del pueblo. La oscuridad y la cerrazón no permitían distinguir bien el hermoso pa-

lacio del *Infantado* que estaba allí cerca, á la izquierda; pero Serrano se acordó en seguida de su fachada suntuosa que adornan, en simétricas filas, pirámides que parecen descomunales cabezas de clavos de piedra. En el ancho y destartelado portal de la fonda no le recibió más personaje que un enorme mastín, que le enseñaba los dientes gruñendo. El ómnibus le dejó allí solo, y se fué á llevar otros viajeros á otra casa. La luz de petróleo de un farol colgado del techo dibujaba, en la pared desnuda, la sombra del perro.

Serrano se acordó de repente de aquel portal y de aquel farol que había visto veinte años antes. Cosas de tan poca importancia para él, las tenía grabadas en el fondo del cerebro, y sin manchas, no desheñidas ni desdibujadas: la imagen de la memoria vino á sobreponerse realmente á la realidad que tenía delante. Sintió, con una fuerza que no suele acompañar á la contemplación ordinaria y frecuente de la vanidad de la vida, el soplo frío y el rumor misterioso de las alas del tiempo, la sensación penosa de los fenómenos que huyen á nuestra vista como en un vértigo y nos ha-

cen muecas, alejándose y confundiéndose, como si enseñaran, abriendo miembros y vestiduras, el vacío de sus entrañas.

Allí, á las diez ó doce leguas de Madrid, estaba aquella Guadalajara donde él había tenido doce años, y apenas había vuelto á pensar en ella; y ella le guardaba, como guarda el fósil el molde de tantas cosas muertas, sus recuerdos petrificados. Se puso á pensar en el alma que él había tenido á los doce años. Recordó, de pronto, unos versos sáficos, imitación de los famosos de Villegas al «huésped eterno del Abril florido», que había escrito á orillas del Henares, que estaba helado. El hacía sáficos, y sus amigos resbalaban sobre el río. ¡Qué universo el de sus ensueños de entonces! Y recordaba que sus poesías eran tristes y hablaban de desengaños y de ilusiones perdidas. Guadalajara no era su patria: en Guadalajara sólo había vivido seis meses. No le había pasado allí nada de particular. El, que había *amado* desde los ocho años en todos los parajes que había recorrido, no había alimentado en Guadalajara ninguna *pasión*; no había hecho allí sus primeros versos, ni los que después le parecieron

inmortales: allí había estudiado aritmética, y álgebra y griego, y se había visto en el cuadro de honor, y... nada más. Pero allí había tenido los doce ó trece años de un espíritu precoz; allí había vivido siglos en pocos días, mundos en breve espacio, con un alma nueva, un cuerpo puro, una curiosidad carnal, todavía no peligrosa. ¡Cómo era la vida, y cómo se la figuraba cuando él habitaba aquel pueblo triste! *Caracæ*: así fechaba las composiciones latinas que había que llevar á cátedra. ¡Cuánta poesía inefable en el recuerdo de aquel *Caracæ*, tantas veces escrito con sublime pedantería! ¡Lo que eran la literatura, la *ciencia*, y lo que él había pensado de ellas! Parecíale mentira que un lugar en que no había recuerdos amorosos, ya de amor de niño, que en él había sido vehemente é idealísimo, ya de adolescente ó de joven, pudiera haber reminiscencias melancólicas con tal perspectiva poética. La emoción dominante era amarga, un dolor positivo; pero no importaba: aquello valía la *pena* de sentirlo. Se acordaba de sí mismo, de aquel niño que había sido él, como de un hijo muerto: se tenía una lástima infinita. El verse en aquel

tiempo le hacía pensar en el efecto de mirarse de espaldas en los espejos paralelos.

Acostumbrado á despreciar todo enternecimiento que se fundara en el sentimentalismo egoísta de lamentar una decepción personal, tenía para él una novedad encantadora, y era un descanso del corazón, siempre cohibido, el abandonarse á aquella tristeza de pensar en el niño despierto, todo alma, con vida de pájaro espiritual, que iba á ser un sabio, un santo, un héroe, un poeta, todo junto, y que se había desvanecido, rozándose con las cosas, diluyéndose en la vida, como desaparecía la nube que estaba deshaciéndose en hilos de agua helada. ¿Qué le quedaba á él de aquel niño? Hasta él mismo había sido ingrato con él olvidándole. ¡Quién le dijera, cuando pocos días antes se aburría en el Prado, meciéndose en una silla de paja, con la cabeza vacía, con el corazón ausente, que allí tan cerca, á la hora y media de tren, tenía aquel antiquísimo *yo*, aquel pobre *huérfano* de sus recuerdos (así pensaba) tan superior á él, al que él era ahora! ¡Cuántas veces, huyendo del mundo actual, se había ido á refrescar el alma en la lectura de antiguos poemas,

en las locuras panteísticas del Mahabarata, en las divinas niñerías de Aquiles, en las filosofías blancas de Platón ó de San Agustín! ¡Y tenía tan cerca su epopeya primitiva, el despertar de aquel espíritu que había sido suyo!

Aunque por sistema huía Serrano, mucho tiempo hacía, de toda clase de exaltaciones ideales, por miedo á sus efectos fisiológicos y por el rencor que guardaba á la inutilidad final de todas estas *orgías místicas*, por esta vez se alegró de verse preocupado seria y profundamente, y bendijo, en medio de su tristeza, su viaje á Guadalajara. Esta bendición le hizo acordarse, por agradecimiento, de su señora tía, y á seguida de Antoñito, su primo, *preso* allí enfrente; y, por último, vino el fijarse en que estaba en el portal de la fonda, frente á un perro, que ya no gruñía, sino que meneaba la cola en silencio, dejándose acariciar por un niño rubio de cinco ó seis años, palidillo, delgado, de una hermosura irreprochable, que daba tristeza. Aquella cabecita de guedejas lánguidas, alrededor de una garganta de seda, muy delicada, tenía como un símbolo algo de las flores y tules del ataúd de un

inocente. El también parecía vestido para la muerte: su trajecillo blanco, de tela demasiado fresca para la estación, con muchas cintas, en bandas de colores, algo ajadas, tenía tanto de teatral como de fúnebre; parecía lucir el *luto blanco* de los niños que llevan al cementerio; color de alegría mística para el transeunte distraído é indiferente: color de helada tristeza para los padres.

El niño, dulce, hermoso y enfermizo de seguro, hablaba al perro en italiano, y le invitaba á pasar al comedor, donde una campana chillona estaba ofreciendo la sopa á los huéspedes.

Serrano, que había dejado arrimado á la pared su saco de noche, único equipaje que traía, acarició la barba del niño y le preguntó con la voz más suave que pudo:

—¿No hay criados en esta fonda?

—Sí, señor, ¡oh, sí! contestó el chiquillo en español de una pronunciación dulcísima, incorrecta; hay tres criados y una doncella. A mi mamá y á mí nos sirve la doncella, que se llama Lucía.—Mientras hablaba movía suavemente la cabeza para acariciar, á su vez, con la barba, la mano

de Nicolás, que había sujetado con las dos suyas. Se conocía que se agarraba á los halagos como á una golosina.—Mi mamá se llama Caterina Porena, y papá es el doctor Vincenzo Foligno. Yo soy Tomasuccio Foligno. *Il babbo e morto!*

Lo que dijo en italiano lo dijo después, al separar su cabeza de la mano del nuevo amigo, más inteligente, sin duda, que el perro. Se apartaba para ver los ojos de Nicolás, á los que imploraba con los suyos una gran compasión por la muerte del abuelito, que éste era el *babbo*.

—¡Ah! dijo Serrano. ¡Un muerto en la fonda! Tal vez por eso no veo por aquí á nadie.

—*Ma non... Il babbo e morto... en Sevilla... Ci sonno... hace... due... años... dos años. Yo tengo siete.*

## IV

La muerte de su abuelo era para aquel inocente el suceso supremo, una tristeza grande, que en su sentir debían conocer to-

dos los seres inteligentes á quien él encontrara por el mundo en la muy asendereada vida que llevaba con sus padres, el doctor Foligno y la *somnábula* Caterina Porena. *Il babbo* era el padre de Catalina. Iba con ellos de pueblo en pueblo, enfermo, prefiriendo el traqueo perpetuo de los viajes á la pena de la soledad y al terror de la ausencia. Era el *babbo* para todos: para su hija, para su nieto, que le llamaba así también; hasta para el doctor, que, en efecto, le quería como á padre. Y en una de estas idas y venidas había muerto, hacía dos años, lejos de la patria, en Sevilla. Tomasuccio recordaba, después de tanto tiempo, más que la desgracia, el duelo que había dejado tras de sí, la tristeza de sus padres y la falta de ciertas caricias y de ciertos juegos; pero, en cuanto al *babbo* mismo, poco á poco su imagen se había ido borrando de la memoria del niño, y el abuelito y Papá-Dios empezaban á confundirse en las nieblas de su teogonía infantil. De lo que él estaba seguro era de que Dios también se había muerto, ni más ni menos que el *babbo*; pero hacía menos tiempo, porque todavía recordaba haberlo visto en una iglesia, tendido en